

C O N F E R E N C I A

pronunciada por el

Excmo. Sr. D. ROMUALDO DE TOLEDO

Director General de Enseñanza Primaria,

en la VI Semana de Misiones Pedagógicas

celebrada en Pamplona durante los días 10 al 16 de abril de 1944

Señoras y señores:

No podía dejar de atender la amable invitación con que me ha honrado el Instituto de Pedagogía de San José de Calasanz para tomar parte en esta semana cultural celebrada en la capital de esta hermosa región navarra, que pudiéramos definir diciendo que constituye, por su historia, su patriotismo, su régimen administrativo, su constitución interna y sociológica, la más bella lección que en el orden pedagógico puede brindarse a los maestros españoles. En el orden geográfico, toda la gama de su orografía y su régimen hidrográfico parece darnos a entender que su suelo, representativo de las más variadas producciones españolas, constituye el asiento de unos cauces que, alimentándose en las purísimas fuentes del Pirineo, sirven, después de fecundar las feraces vegas de su ribera, para alimentar el copioso caudal del río, español por antonomasia, que ha de desembocar en el mar latino, frente por frente a la Ciudad Eterna, como si sus aguas quisieran llevar la permanente devoción de los españoles a besar constantemente las blancas sandalias del representante de Cristo en la tierra. Por su historia, puede afirmarse rotundamente que la unidad católica de España se completó cuando los reinos de Aragón y Castilla sintieron correr por sus venas la savia vivificadora de es-

tos herederos de Sancho Abarca, que lo mismo supieron derrotar al Islam en las Navas de Tolosa con Sancho *el Fuerte*, que alistarse, sin distinción de edades, profesiones e ideas, en la plaza del Castillo, aquel memorable día del 18 de julio, cuando el general Mola señaló la hora en la historia de la revolución española para sacar a nuestra Patria del comunismo y de la barbarie.

Y, al reflexionar sobre la obra civilizadora de España en el mundo soñado por Fernando e Isabel para entregársela al servicio de Dios, es aquí, en Navarra, donde un Francisco Javier y un Ignacio de Loyola conciben su gran obra misionera que ha de servir, con la sabiduría de nuestros teólogos, la cultura de nuestros juristas y los principios de los filósofos hispanos, para lograr, en nuestro Siglo de Oro, aquella unidad católica que, en resumen, no constituyó más que la expresión formal de que el mundo ha sido creado por Dios, como puente tendido entre la humanidad enfermiza y la felicidad eterna de una gloria sin fin y sin sombra.

Venir a Navarra a descubrir la savia pedagógica española quiere decir tanto como no haber estudiado el fondo, la historia y las tradiciones de su vida familiar y social. Aquí no prende ni puede reproducirse el concepto vulgar de la palabra revolución, porque su vida hogareña y la sólida educación y el respeto de las tradiciones seculares parecen servir para conservar y transmitir sin convulsiones violentas, de generación en generación, la llama inextinguible de la civilización y el progreso, siendo el ejemplo vivo de la perfecta armonía entre las virtudes raciales, que constituyen la constante de la Humanidad, con los adelantos con que la investigación y la cultura van jalonando los siglos de nuestra Historia. Aquí se siente, como en ninguna otra región, el amor y devoción constante de las peculiaridades características de esta hermosa tierra como parte integrante

de la gran Patria española. Navarra es, con su admirable régimen foral, la acusación permanente del fracasado centralismo liberal y burgués. Navarra, como ninguna otra región española, sabe conservar las piedras de sus monumentos artísticos, de sus monasterios y basílicas, que constituyen la médula de su historia y la proyección en el porvenir de un glorioso pasado que las generaciones actuales saben conservar y acrecentar con cuidadoso esmero. Navarra es, en fin, el arca santa de nuestras tradiciones hispánicas, refugio seguro contra los vaivenes de las convulsiones sociales que destruyen los suelos de la Europa civilizada; espejo donde, con gran complacencia, se mira nuestra Patria al ver reflejada en su equilibrada y armónica construcción interna todas las virtudes, todo el esplendor, toda el ansia civilizadora con que pudieran soñar nuestros reyes y emperadores en aquella época en que el mundo, dando vueltas alrededor de su eje, se apoyaba en los dos puntos inmovibles: la silla escurialense de Felipe II en lo temporal y la cúpula de San Pedro en lo espiritual.

Y al escoger tema con que distraer vuestra atención durante unos minutos en esta Semana Pedagógica, y puesto que se está desarrollando en esta región navarra, que pudiéramos calificar la región del equilibrio y de la armonía, asentados en las verdades eternas de la adoración a Dios y el amor a la Patria, me parece adecuado esbozaros algunas ideas sobre la pedagogía de aquel filósofo valenciano, cumbre del humanismo español, llamado Juan Luis Vives, que, por cierto, empezó sus estudios en la Universidad de la Sorbona, de París, en el año 1509, en el Colegio de Navarra, que con los de Beauvais y Montagú constituyen los más famosos centros acogedores de los estudiantes que acudían a París, que siempre ha constituido la aduana de las intelectualidades en el mundo. Este Colegio de Navarra, el mayor y mejor ordenado se-

gún Bonilla, estuvo situado en la calle de Santa Genoveva, después llamada de la Montaña, y fué fundado, en 1304, por la Reina Doña Juana, mujer de Felipe *el Hermoso*, instruyéndose en él 20 teólogos, 30 filósofos y 20 gramáticos. De este Colegio salió la más grande figura del humanismo cristiano, sol resplandeciente del Renacimiento, cuya luz penetró tantas inteligencias de Europa, tan rica entonces de inteligencias próceres.

En la forja de la hispanidad, que comenzó con Recaredo en el Concilio III de Toledo, siguió con Pelayo en las grutas de Covadonga, plasmó en la epopeya y romance de nuestro pueblo y culminó con los Reyes Católicos para pasar a sus sucesores, señores del mundo entero, la figura de Luis Vivés es la del orfebre de ese relicario, sagrario y depósito de las reservas espirituales de todo un mundo encargado de cincelar en los albores del Renacimiento el inquieto despertar del dulce sueño medieval, pudiendo asegurarse que Juan Luis Vives, cual otro Benvenuto Cellini, supo labrar la copa de oro que recogiera la tradición española y escanciarla después por la tierra. Y esto sólo podía hacerlo un cerebro como el de Vives, un temperamento tan delicado como el suyo, vivificado por un corazón apasionado y ardiente que sentía lo español y lo amaba tanto, que, al salir de España, busca siempre los maestros españoles, cultiva la compañía y amistad de los mismos, se casa con española y vive en Londres en el Palacio Real, saturado del españolismo con que supo rodearlo Catalina de Aragón, reina y mujer de tristes destinos.

No basta tan sólo para cincelar las virtudes de la ciencia hispánica la alteza y claridad de talento y el corazón delicado de Vives. Esto es ya mucho, pero no es todo; es preciso saber libar en lo que es médula y esencia del más puro españolismo lo que en tecnicismo escolástico puede llamarse «forma substancial del ser español», y es

la *catolicidad*. Era preciso comprender que la misión providencial de España en el mundo fué la de propagar por todo el orbe la obra de la Redención de Cristo, y este pensamiento postulaba conquistadores, misioneros, colonizadores, pero también forjadores de intelectualidad que, con su palabra, su pluma, sus tratados, dieran al mundo y a los siglos venideros la gran lección de la sabiduría de España, que no se afanó jamás de conquistas territoriales, sino de grandezas espirituales, que supo ser austera en la abundancia, callada en la escasez y en el cenit de su grandeza pacificadora; madre de pueblos, en fin, para entregarse a todos sin otro anhelo que evangelizarlos y hacerlos felices.

Grande es la figura de nuestro gran humanista en el orden filosófico y, naturalmente, había de ser, como amante de la verdad, un verdadero gigante en el orden pedagógico, pues en último análisis la Pedagogía podemos definirla diciendo que es una *deontología* de la verdad. Por eso Vives, ejemplo vivo de un anhelo constante de perfección, había de derivar torrencialmente a la pedagogía, reaccionando contra bárbaros arcaísmos metodológicos, enseñanzas inútiles y menguados maestros, analizando las causas de corrupción de las artes contra las que arremete sin piedad, a fin de que, removidos todos los obstáculos y allanando el camino, pudieran las inteligencias conocer la verdad, toda la verdad, que él tanto amaba, constituyendo en pleno siglo xvi un nuevo centauro de la nueva Mitología encargada de pasar de uno a otro las antorchas en el silencio de la noche al definir la Pedagogía diciendo que «es el encender en otro una luz con la propia luz sin que ésta merme».

Pedagogía de la ciencia, pero también de la virtud, que es necesario complemento de aquélla, necesitando de dos métodos pedagógicos fragmentarios: el doctrinal y el educativo, que Vives sabe construir con perfecto equili-

brio, sin el cual la obra pedagógica es imperfecta, no siendo menor daño el exceso de investigación a costa de la educación que su contrario.

Dos tipos de Universidad, hasta fecha reciente, se disputaban la supremacía: el germano, para quien la misión de la Universidad era formar investigadores; y el inglés, para quien lo primordial era formar ingleses.

No es de este lugar el estudio de las mutuas influencias que se operaron entre los antiguos maestros ingleses y nuestro humanista, cuyas ideas quedaron flotando en el ambiente del Corpus Christi College, que tanta resonancia tuvieron aun en épocas posteriores.

Vives practicó la Pedagogía integral, «instrucción y educación», siendo un institutor de ilustres personajes, como la Princesa María, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón; el cardenal Guillermo de Croy; doña Mencía de Mendoza, duquesa de Calabria, y hasta nuestro gran Rey Felipe II y su hijo Carlos, que bebieron y se formaron en los escritos de la pedagogía vivista.

Por último, en el sistema de la ciencia vivista, como antes en el de Raimundo Lulio, se percibe lo enciclopédico, ya que no hay que olvidar nunca el predominio de los problemas prácticos sobre los especulativos en la mente de Vives, así como lo valorativo o estimativo que nos dejó en las diamantinas páginas de su *Introducción a la sabiduría*: «La verdadera sabiduría es juzgar sanamente de las cosas, de manera que a cada una de ellas la estemos en lo que es y no vayamos tras las vilés como si fueran preciosas o desechemos las preciosas como si fueran viles. Nada más dañoso que esa depravación de los entendimientos, para la cual no se da a las cosas su justo valor. En el curso de la sabiduría, es el primer grado aquel tan celebrado por los antiguos: «Conocerse a sí mismo y el último conocer a Dios.»

Concibe, pues, Vives la cultura como un puente ten-

dido entre la vida y la eternidad: orientando la vida hacia valores eternos inmarcesibles con objeto de darle un sentido de progresión perfecta hacia lo eterno.

Imposible ha de ser, en los estrechos límites de una conferencia estudiar todas las características de la pedagogía vivista, labor que, como la de todos los pedagogos españoles, ha de desarrollarse en conferencias, libros y tratados por el Instituto de Pedagogía de San José de Calasanz.

No puedo, sin embargo, dejar de citar como obras cumbres en el orden educativo de nuestro gran humanista valenciano, el tratado de *Disciplinis*, sus admirables *Diálogos*, que compuso para ejercicio de la lengua latina, y el tratado de la *Instrucción de la mujer cristiana*, como la más lograda de sus OBRAS EDUCATIVAS.

Situado Vives en la encrucijada del Medievo y las nuevas doctrinas del Renacimiento, presentóse ante su espíritu el mismo dilema que a tantos otros coetáneos suyos, solicitándole con urgentes instancias a que se definiera por lo viejo o por lo nuevo; pagando o negando el tributo al César. Vives, con formidable equilibrio, sin perder un momento la serenidad, distingué también la parte de Dios y la del César, discriminando con acierto lo que de bueno y aprovechable tenían viejo y nuevo; quedándose con las formas de éste, pero con los contenidos de aquél.

En materia de enseñanza, lo formal son los métodos y la substancial las doctrinas. Por esto, la pedagogía vivista es tradicional y renacentista a la vez, porque si francamente aceptó los métodos y las formas bellas que el Renacimiento le brindaba, no incurrió, como los italianos del Quattrocento, en idolatría de ellas; simplemente las aceptó con toda su galanura, pero cuidando de llenarlas con los contenidos cristianos del Medievo. Esto mismo habían hecho doce siglos atrás los Padres de la Igle-

sia, al aceptar las bellezas de la antigüedad clásica como expresión inmejorable de las vèrdades cristianas. Y esto es Vives, fundamentalmentē, en Pedagogía: un pensamiento cristiano vestido con la insuperablē elegancia del Renacimiento.

Vives, francamente, repudia los métodos pedagógicos de aquella decadentísima Escolástica, tan distinta de aquella otra quē sublimó Santo Tomás en la *Suma Teológica*, la síntesis del saber más clara y racional que se escribió. después de las *Etimologías* de San Isidoro. Pero en los días de Vives, la hipertrofia dialéctica, llena de dogmatismos y con su mezquina problemática filosófica, había producido en la mentalidad de los estudiosos una verdadera deformación intelectual, limitándose a la hue-ra repetición de los textos, sin lograr el más débil avance cultural; antes bien, perdiendo gran parte del que el siglo XIII había conquistado.

La señorial altivez del pensamiento de Vives explica y aun justifica su oposición a la Escolástica decadentē, que había aceptado de plano todo el elemento tradicional sin enriquecerlo lo más mínimo; antes bien, oscureció aquella maravillosa claridad de la construcción tomista, estupenda exposición pedagógica con que el siglo XIII había retocado, mejorado y progresado las doctrinas y los métodos aristotélicos.

Cosa cierta es que la Escolástica decadente, con su huera problemática y su constante referencia al dicho del maestro, *magister dixit*, había cohibido las posibilidades de todo progreso pedagógico, que estriba cabalmente en el esfuerzo individual, fuente perenne de la investigación científica. Y como los métodos de enseñanza presuponien los demostrativos, y éstos los de investigación, al faltar ésta, quebró todo el sistema, con lo que la Pedagogía no pudo venir a más lastimoso estado.

El Renacimiento, que, por el contrario, era una

filosofía del *yo* y de la libertad, despertó y estimuló las ansias del saber del hombre, tanto tiempo dormidas; pero cayó en un mayor peligro: en el de la exaltación del hombre, primero con un optimismo de su propio valer, y luego con una divinización de sí mismo y de su dominio sobre la Naturaleza, que pronto le condujo a todas las rebeldías: la religiosa del siglo *xvi*, la filosófica y política del *xviii* y la económica del *xix*. Y como la rebeldía es la disposición espiritual más contraindicada para la Pedagogía, el Renacimiento tampoco pudo de suyo resolver el problema: Es más: cayó en el mismo defecto que criticó al Medievo, o sea el dogmatismo del maestro, que ahora es Platón, Homero o Cicerón, citados a cada paso, ni más ni menos que, como la Escolástica, había hecho con el Maestro de las Sentencias, el Doctor Angélico, o Aristóteles; y cuando el Renacimiento se ocupa de este último, es para referirse al *auténtico* Estagirita, nunca al Aristóteles visto por los escolásticos.

* * *

Vives es horizonte entre el Medievo y el Renacimiento, especialmente en Pedagogía. Y porqué es horizonte, es también comprensión.

Dos son los principios esenciales de la pedagogía vista: el desenvolvimiento más plénamente logrado de las facultades del hombre y la tendencia al ideal. El primero es el elemento subjetivo, y constituye la base psicológica de la Pedagogía. El segundo es el elemento objetivo que proporciona la base valorativa.

Dé aquí el enorme valor pedagógico que para Vives tiene el estudio del hombre, de su alma y de su vida, que hace del tratado *De anima et vita* una propedéutica del tratado *De disciplinis*, dirigido a la perfección del hombre, expresada en aquellos dos grados de la *Introduc-*

tio ad sapiëntiam: el primero, «conocerse a sí mismo»; el segundo, «conocer a Dios».

Finalmente, en este luminoso tratado *De disciplinis*, lleno de ricas sugerencias pedagógicas, no podía faltar una de vitalísimo interés en la hora presente: *que no es conveniente quē, de ordinario, los jóvenes se mezclen en política, ya que ésta es tarea propia de hombres de madura experiencia*. La razón que da Vives es: que el ardimiento propio de la juventud les lleva enseguida a la disputa, y «en las cosas del Estado no se han de consentir las disputas».

Materia de gran actualidad es lo referente a la libertad de enseñanza. Los principios que Vives sustenta sobre ella pueden agruparse en las siguientes rúbricas:

«La enseñanza es función natural de la sociedad, que compete a la familia. Para cada uno, sus primeros maestros son el padre y la madre; luego, sus madrinas, padrinos, tíos, abuelos y los que distan más y están unidos con menos estrecho vínculo de sangre; después fueron las escuelas, los maestros de la ciencia y muchedumbre de fundaciones que dejaron a este fin los hombres grandes.»

Al Estado compete estimular, vigilar, ayudar y sancionar esa función social, de la que no puede desentenderse: «No es decente que los que gobiernan las ciudades sean descuidados en proveer a los niños de los mejores maestros, que estén adornados, no sólo de ingenio y erudición, sino también de juicio sencillo y sano.» Vives concede a esta función del Estado excepcional importancia, «ya que la instrucción pueril tiene gran fuerza para toda la vida, así como la tienen las semillas para las mieses venideras. Por cierto que convendría más cuidar de esto que de hermosear o enriquecer la ciudad; a no ser —añade con solemne elegancia— que pensemos. vale más dejar malos descendientes, con tal de dejarlos ricos».

Paralelamente se necesita *prestigiar cuanto más se*

pueda la noble figura del maestro. «¡Qué bella y magnífica cosa es enseñar, pulir, instruir, adornar a la más excelsa de las potencias, que es el entendimiento!» Y añade: «Los hombres viles que en tanto reputan el dinero que dan y tanto se jactan de haber costeadó los estudios de otros, enseñen ellos, y tendrán entonces de qué gloriarse con razón.» Es que Vives, como ya antes Aristóteles, compara el beneficio de los maestros con el de Dios y con el de los padres, de todos los cuales «nadie puede tener un agradecimiento que sea igual al beneficio»; por esto, «quienes desprecian al maestro van dando de precipicio en precipicio con toda la ceguedad de su mal consejo al apartar de sí la guía, o escogiendo la que es más ciega».

Por encima de todo saber y de toda enseñanza, Vives coloca la virtud y la ciencia de la salvación. Porque: «el hombre no ha sido creado para desear saber, sino para participar de la eternidad y de la naturaleza divina». Y por esto, «no es vituperable, antes merecedor de alabanzas, aquel que, careciendo de toda clase de conocimientos, en cambio, es experto en cosas de virtud; siendo, por el contrario, ignominioso y despreciable quien, instruido y educado en las artes humanas, se halla carente de toda virtud».

«Para esto, entré otras cosas, vino Cristo para enseñarnos la senda rectísima por la cual debemos ir caminando hacia Dios sin desviarnos un punto de ella. Esta senda nos la señaló y mostró El con su palabra y con el ejemplo de su vida nos la dejó expedita y segurísima.»

«Toda la sabiduría humana, comparada con la religión cristiana, es pura locura y ceno. Cuanto se lee en los libros de los sabios gentiles de grave, prudente, sabio, puro, santo, religioso; cuanto se admira, aclama, aplaude en ellos; cuanto en ellos se recomienda, enseña y se levanta hasta los cielos; todo esto se halla en nuestra fe más

puro, más recto, más claro y más limpio. Es que «en aquella sabiduría divina se esconden cosas más altas que ninguna fuerza de ingenio humano puede alcanzar.»

De esto deducía Vives la adhesión a la Iglesia, a su magisterio y a su jerarquía: «Aquellos a quienes Tú pusiste como proveedores y preceptores, para partírnos y distribuirnos el pan como a niños, riquísimos son maestros de nuestras almas, forjadores de nuestro carácter... Y, a nosotros, concédenos luz que nos lleve a recibir gozosos tu doctrina y nos vuelva dóciles a ella y agradecidos a tus beneficios.»

Finalmente, Vives proclama a Jesucristo como el ideal de todo maestro: «A ningún otro maestro debemos imitar qué a Cristo mismo, a quien envió su Padre desde el cielo para enseñar al género humano, y después de Él, a gran distancia, a los que le siguieron.»

* * *

Una de las fuentes del sistema pedagógico vivista es la *Exercitatio linguae latinae*, más comúnmente conocida con el nombre de los *Diálogos*, en los que, en forma sencilla de expresión y profunda de concepto, Juan Luis nos dió a conocer el estado de la Pedagogía en su tiempo, la vida en el hogar, en la escuela y aun en la calle, en el mercado y en el taller, por lo que al interés pedagógico se une el folklórico. Esta obra influyó extraordinariamente en la Pedagogía de todas las naciones europeas, siendo traducida a sus distintas lenguas. Ya en el siglo XVI, Tomás Freigio, director del Gimnasio de Nuremberg y de la Academia de Alsford, no sólo la tradujo al alemán, sino que la implantó en multitud de escuelas.

Lange dice de los *Diálogos* que «en ellos ocupa Vives un puesto intermedio entre Erasmo, que rebosa espíritu y vivacidad, que no sabe pasar sin tocarlo todo, aunque

prescindiendo de todo sentido pedagógico, y Cordier, que se movía de manera casi exclusiva en el estrecho círculo de la escuela y de la vida diaria escolar. Por dos conceptos, continúa Lange, es de interés pedagógico el contenido de los *Diálogos*: de un lado, nos ofrece en un cuadro lleno de vida y con datos reales de las circunstancias de la escuela de su tiempo, de cómo vivían los alumnos; de otro, se revela el fin pedagógico de aquellas conversaciones, que no era otro que implantar y desarrollar una sólida instrucción humanística de cultura clásica, completada y apoyada en una educación intensamente cristiana.

La influencia ejercida por Vives en los pedagogos europeos que le siguieron es inequívoca. M. J. Parmentier la ha estudiado en los pedagogos ingleses desde Tomás Elyot, coetáneo de nuestro humanista, que publicó, en 1531 (el mismo año del *De Tradentis Disciplinis*), un libro titulado *The Book named the Governour* (El gobernador), siguiendo por Roger Ascham, Ricardo Mulcaster y Milton, hasta llegar a Locke, con su *Some Thoughts on Education* (Algunos juicios sobre la educación). «Todos éstos, dice Parmentier, copian a Vives muchas veces, ya sea porque se apoderan de sus doctrinas sin nombrarlo, ya nombrándolo, como lo hace Mulcaster en sus *Positions*, al invocar frecuentemente su autoridad contra la precipitación y aceleramiento en los estudios, y llamando al sabio español The learned Spaniard.»

La influencia vivista en los pedagogos alemanes ha sido puesta de relieve por A. Lange, quien la observa ya en el siglo xvi; en Meandro, quien, no obstante, hallarse influído por Pedro Ramus, había recibido de Vives el impulso inicial, y Jerónimo Wolf, cuyo sistema, implantado en Mühlhausen, es en un todo igual al que Vives señala al final del libro primero *De Tradentis Disciplinis*; las ideas de Wolf acerca de la disciplina, de la doctrina mo-

ral y de otras materias, son también vivistas. Destaca Lange, siguiendo a Kuckelhan, la relación entre Juan Sturm, autor de las *Academiae Epistolae*, y nuestro humanista. El método de Ratisch puede también considerarse como una aplicación del principio inductivo que impuso Vives a la gramática. El mismo Comenio, aun influido por Bacon, no sólo tomó de Vives los principios de su sistema pedagógico realista, sino que, además, le cita y copia en muchas ocasiones, sobre todo al tratar de la Ética, en el capítulo V de su *Didáctica magna*.

En Francia, el sistema pedagógico vivista ejerció su influencia, especialmente en Pedro Ramus, cuyo realismo y sus novedades filosóficas se inspiran en las de aquél. Y Ch. Peynaud asegura que Vives no es sólo un precursor de Montaigne, sino que éste guarda con él «una semejanza que no podría atribuirse a simple casualidad».

Finalmente, el influjo de nuestro humanista se extendió también a los pedagogos italianos, como puede juzgarse en A. Piazzzi.

La figura de Vives, como habéis podido observar en mis deshilvanadas palabras, constituye un hito tan grande, tan majestuoso, tan elevado, definido y especial en la historia de la Pedagogía, que bien podemos asegurar que toda la Pedagogía de los siglos XVII, XVIII y XIX se alimentó de la esencia de Vives, siendo nuestros pedagogos católicos, Palmireno, Balmes, Manjón, Padre Poveda y Rufino Blanco, continuadores en lo esencial de la sabia doctrina con que iluminó al mundo el humanista valenciano.

No tengo derecho a molestar unos minutos más vuestra atención. Las sabias lecciones que habéis recibido en esta Semana Pedagógica servirán para pulir la metodología de vuestras enseñanzas y reafirmar, una vez más, en vuestras inteligencias los principios fundamentales por que ha de discurrir la Pedagogía de la nueva España. En

definitiva, toda vuestra labor ha de estar impregnada de una profunda fe en Dios y en los principios de nuestra Madre Iglesia y una esperanza sin límites en la reconstrucción de nuestra Patria, milagrosamente salvada por el Ejército español a las órdenes de nuestro invicto Caudillo y de una caridad inflamada en ese espíritu de apostolado que prendió el corazón de nuestro gran pedagogo, y sin el cual la función docente es imposible y la Humanidad estará destinada a perecer en medio de las mayores convulsiones sociales.

Y antes de terminar, he de proclamar el profundo agradecimiento del Estado español a la Diputación de Navarra, ejemplo vivo de administración solícita y honrada, representación genuina de todas las virtudes de esta noble región, que ha sabido, a través de la Junta Superior de Educación, resolver, con mayor celeridad que el propio Estado español, el restablecimiento total de la escuela católica y española que la República laica pretendió desarraigar, sin conseguirlo, de este añoso rincón de la tradición española.

No hace todavía ocho días que en el Parlamento inglés fué presentada por mister Bevin una enmienda al proyecto de ley de Instrucción Pública, en la que se pretende fijar las atribuciones de las autoridades locales en materia de enseñanza, y esto que la tradicional Inglaterra pretende resolver ahora en la nueva ordenación de la educación inglesa lo tiene resuelto Navarra a través de su ley paccionada, prueba evidente de que la tradición constituye la base inmovible para lograr totalmente el resurgimiento y la glorificación de nuestra Patria.